

A LA MEMORIA

In memóriam. Aída



JAVIER GARCÍA¹

Nunca imaginé ni habría podido representarme en este lugar. Creo que tampoco ahora puedo tener idea cabal de nuestra función aquí. A veces pienso que hablamos poco o nada sobre los compañeros que han dejado de estar con nosotros por diferentes causas, incluida la muerte, pero hoy siento entenderlo, porque es realmente muy difícil, si es que es posible, hablar de ello.

Es todo muy reciente e inesperado. En la primera reunión científica de este año estaba sentado en el mismo lugar que en la última reunión del año pasado. El lugar del sillón donde en aquella otra reunión estaba Aída y me pedía un mate estaba ahora vacío. Y esto es muy duro de imaginar, si es que es posible, y se llena de recuerdos, cuando no de fantasmas. No es para nada sencillo para mí hoy hablar de Aída sin que ella lo escuche o se pueda enterar. Vaya uno a saber... O ¿no podría ser esta una pregunta de Aída revoleando misteriosamente los ojos con un dejo de desconfianza?

No puedo no hacer historias. Y que todos estos «no» me acompañen por un rato. Fuimos compañeros de tareas y amigos en una época, veinticinco años atrás y por más de seis años, a partir de nuestras reuniones de Publicaciones. Yo venía en los 80 y largos de la Comisión de Publicaciones de Daniel Gil, con Myrta Casas como editora de la RUP y Luz Porras

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy

de la revista *Temas*. También Luz ha dejado de estar entre nosotros, por otras razones tristes, y siento mucho su falta. Dos compañeras muy presentes en la vida institucional, humanamente muy presentes, dos grandes lectoras por su intensidad y sus sesgos singulares de lectura. Dos grandes compañeras, para discutir también, claro está. Luego vino la comisión de Tomás Bedó y allí ingresó Aída, como también Juan Carlos Capo, Carlitos Neme, Mireya Frioni, Irene Maggi... Ahí empezamos a compartir tareas y largas charlas con Aída, porque, ustedes se imaginarán, mientras Tomás y Juan Carlos discutían por un párrafo o una palabra del editorial se podían edificar grandes amistades. Seguimos luego en la comisión de Marcelo Viñar, luego me acompañó en la mía y luego siguió Aída como directora de Publicaciones.

Fueron muchos años ricos de charlas, de lecturas, de casos clínicos y de ideas que estábamos escribiendo. Por esa época, mediados de los 90, yo estaba escribiendo sobre las inscripciones erógenas que fundaban y armaban inconsciente: «Coreografías erógenas inconscientes». Compartiendo estas ideas con Aída, me comenta algo que leyó de un coreógrafo (no recuerdo su nombre) que explicaba cómo, a diferencia de lo que ocurre en la música y en la literatura, en la danza no se dispone de una escritura que permita transmitir una coreografía. La transmisión solo era posible haciéndola con el otro a quien se la quería transmitir. Es de esta referencia de Aída que tomo la idea de una «coreografía inconsciente» producto de la escritura de la experiencia vivida entre el bebé y la madre como danza erógena.

Conocí a una excelente e inagotable lectora, que además podía leer investigando, leer entre líneas y leer rastreando historias para ir más allá con mucha curiosidad y perspicacia. Aída hacía lecturas ingeniosas a partir de cierta desconfianza del sentido aparente, lo que le permitía aventuras de investigación. En aquel texto «El hombre y su doble», cuyo epígrafe de Freud es hoy evocador —«¿Acaso la vida no es una de las cosas más asombrosas que existen en el mundo?»—, rastrea vida y obra de Freud y de Hoffman haciendo del texto un juego de espejos entre ambos. Investiga y sugiere hipótesis respecto de los nombres que Freud usó para sus casos clínicos —Dora, Cecilia— y cómo estos nombres aparecían también en Hoffman. Muy buena escritora, quizás tanto como lectora, hizo de esas

coincidencias verdaderas incidencias para el lector a partir de relaciones con historias de amor referidas o supuestas.

El perfil de lectora incansable y apasionada investigadora también aparece en sus dos partes del texto «El llanto de Némesis». ¿Por qué no se había podido desconfiar del relato de una madre que decía que la habían secuestrado y le habían robado a sus hijos? Aída se preguntó qué factores habían impedido esa sospecha: cuestionar el amor materno y la imagen materna idealizada. Encuentra una historia parecida en la Viena anterior al 900, de una madre que mata a su hija niña y luego se suicida, así como las explicaciones de los periodistas de la época: muerte por amor... Luego otra historia de una madre asesina que era pensada como un monstruo y resultó ser una mujer frágil y tranquila. Y así sigue relatando casos en Nueva York del 68 y en Montevideo del 2008. Cuestiona la renuncia de Freud a la primera teoría del trauma en lo que tiene que ver con el odio al niño, la violencia sexual, física y emocional, que constituye una realidad trágica de muchos niños, con consecuencias nefastas para la estructuración psíquica. Lo cual la acerca a las ideas de Sandor Ferenczi, en muchos aspectos, pero sobre todo en su regreso al factor traumático en el texto «La confusión de lenguas entre el adulto y el niño». Aída resalta que Ferenczi fue injustamente olvidado, y con él su afirmación de que los adultos son con frecuencia «locos pasionales» que ejercen una autoridad aplastante sobre niños indefensos. Pero tras este rescate de Ferenczi, Aída busca especialmente los recorridos del odio en la mujer, la diferencia con el odio en el hombre. ¿Por qué es tan difícil sospechar del odio al niño de una madre? En medio de esa inocencia supuesta, surge la curiosidad desde la sospecha, eso tan propio de la curiosidad de Aída, acompañado frecuentemente por una mirada muy propia.

La presentación de este trabajo fue en un panel junto con Luz Porras y Diego Speyer. Luego en la segunda parte del texto nos enteramos de esa discusión y de cómo Luz y Aída compartían puntos de vista. Aída vuelve a aportar nuevas ideas, como las de Marie Langer en el mito del niño asado. Tras la madre santa se esconde la madre devoradora, puta y terrible. La misma idea la trabaja en *El baile*, novela de Irene Nemirovsky. Aída agrega en su segunda parte de este trabajo que cabe pensar que en la teoría psicoanalítica también parece haberse dado una

acentuación de los aspectos masoquistas de la mujer y un escotoma del sadismo. Poner el foco tan predominantemente en el masoquismo hizo un cono de sombra sobre los hallazgos iniciales de Freud, su hija Anna, M. Klein y Lou Andreas Salomé.

También es testimonio de estas aventuras de investigación el recorrido que Aída realiza en «Dionisio Díaz: en la génesis del mito», con los ejemplos del mito de D. Díaz, el niño hermoso, rubio, que, herido de muerte por su abuelo, quien había matado a su madre y su tío, salvó a su hermana bebé cargándola heroicamente hasta una comisaría. Junto con esta historia el mítico crimen de la ternera, la mujer de José Saravia, a quien este mandó asesinar por sicarios en Treinta y Tres. Aída investiga el mito y su función psicológica, deteniéndose especialmente en cómo estas historias enfocan un sector para ocultar otros. Es interesante en este momento, en nuestro homenaje a la vida de Aída, leer una cita de Serafín J. García del *Romance de Dionisio Díaz* que Aída hace en este texto: «que la vida vale siempre / toda lucha, todo esfuerzo / por vivirla dignamente / noblemente, a pecho abierto; / que el amor que un ser irradia / más allá de toda muerte, / siempre encuentra puerta y eco / más allá de todo miedo». ♦